
UN CICLO LUNAR EN ALZA

Se apagaron en el cielo de Al las estrellas más lejanas, dando paso a un nuevo ciclo lunar. La superficie de Za brilló con más fuerza, dibujando un semicírculo blanquecino en el firmamento. Solo algunos habitantes de Al prestan atención a este suceso. Desde la protección de sus capuchas negras, escudriñan el horizonte con sus ojos translúcidos. Siempre sosteniendo un rollo de papiro entre los dedos, a veces hacen alguna anotación con la punta, rasgado el papel con su cuneiforme alfabeto, otras veces simplemente observan curiosos la sucesión de acontecimientos. No todos invierten su existencia en investigar el exterior, también hay capuchas negras recogiendo muestra del pedregoso suelo de Al. Otros acarician las inmensas estructuras naturales, que son el sustento del planeta, mientras las rocían con líquidos que hacen brillar su superficie en un arco iris de colores. Se pueden encontrar diseminados en pequeños brotes por todo el planeta, con sus largos tallos apuntando al cielo y sus bóvedas laminares extendidas, para recoger la nieve que flota libre sobre las cabezas de cualquier otro ser vivo.

Los Al comparten este austero pero bello paisaje con otras pequeñas criaturas, que, a diferencia de ellos, caminan sobre cinco patas y tienen el cuerpo cubierto de un grueso pelaje oscuro. Sus formas varían a lo largo de su vida, sin un patrón aparente, según había determinado el gremio de capuchas negras tras muchos ciclos lunares. Para ellos el desplazamiento más natural se asemeja a la reptación con sus miembros inferiores mientras los superiores, acabados en ramificaciones rugosas, les permiten interactuar con el medio que les rodea. Todos han soñado alguna vez con alcanzar el cielo como las flores o disfrutar del suave abrigo que brinda el pelo. Por eso todos visten largas capas con capucha, que protegen su cuerpo de la nieve.

Las capuchas blancas son las únicas que se atreven a retirarse la protección y tocar las esporas del cielo, vigilando su viaje a través del planeta. Encargados del bienestar de sus iguales, nunca van solos ni dejan solos a otros, salvo que estos se lo pidan. Mirando el mundo con una piedra ovalada tan fina como el papiro, supervisan que el flujo de diminutas partículas de nieve continúe su curso, del cielo a las criaturas del planeta, hacia su interior y vuelta al horizonte. A veces sus espirales pueden confundir al lector de esporas más experimentado, pero hoy no es ese ciclo. En este ciclo, cuando Za se puede ver casi por completo en el firmamento, las capuchas blancas se reúnen alrededor de torbellinos de esporas que darán lugar a las vidas que los abandonaron en el ciclo anterior.

Todo en Al permanece, y sus habitantes lo saben bien. Por eso se aseguran de siempre recibir a sus nuevos residentes. Los recuerdos de experiencias pasadas a veces afloran demasiado pronto, demasiado rápido, para que el recién nacido pueda asimilarlos y es entonces cuando las capuchas blancas intervienen, removiendo y apartando las esporas que se arremolinan alrededor. Al tacto con ellas su piel grisácea se cubre de lunares fluorescentes azulados, que no tardan demasiado en disiparse. Por suerte, en este ciclo nadie ha necesitado ser atentado, pudiendo trasladarse todos a las cavernas subterráneas donde los Al descansan y conviven en armonía. Nadie quería reencarnarse tras haber sufrido daño alguno, y por ello si respeta a cualquier que necesite distanciarse, caminando en soledad sin capucha, hasta que sus emociones vuelvan a encauzarse.

Tras el nacimiento es necesario realizar el ritual de iniciación, que ayuda a los recién llegados a canalizar sus recuerdos y elegir la capucha que determinará su función en esta nueva vida. Los retales de su memoria nunca se conservan completos, pero muchas emociones y

algunas rutinas consiguen despertar la auténtica naturaleza de cada individuo. En el reciente ciclo lunar las capuchas negras plantearon al público la posibilidad de que la renaturalización afectase a todas las especies de Al. Con ello se explicarían los vacíos de los recuerdos y la añoranza por llegar al cielo que algunos experimentan. De momento las capuchas verdes son los únicos ligeramente en desacuerdo, por la sincera razón de que llevan interminables ciclos cuidando de las criaturas del planeta y la idea de haber sido ellas en algún momento les aterra tanto como fascina. Solo a ellos se acercan lo suficiente los pequeños seres vivos y solo ellos comprender el momento en el que las flores perderán sus pétalos. Todo en el planeta sirve a un propósito en el ciclo de la vida y las capuchas verdes se encargan de que así sea.

Las estrellas vuelven a parpadear en el cielo cuando Za se esconde tímidamente en el horizonte. El ciclo lunar pronto acabará. Sin embargo, ahora que el satélite se aleja las esporas se agrupan en el cielo, algunas precipitan, otras surcan la llanura de piedras como estrellas fugaces. Es peligroso permanecer en la superficie cuando esto sucede. Solo los gruesos tallos y las bóvedas cerradas de las flores pueden soportar el bombardeo luminoso. Incluso el suelo en ocasiones parece emitir su propio lamento, cuando las piedras chocan entre ellas, impulsadas por la presión del aire y el roce de las esporas. Bajo capaz y capas de ellas nada se llega a escuchar de todo esto.

Las capuchas amarillas entretienen al resto de Al por lo que queda de ciclo, haciendo malabares con perfectas esferas de piedra, conjurando hechizos con esporas, percutiendo los alrededores con su cuerpo... Su función es quizás la más complicada de todas, pues cada ciclo su público reclama novedades en los espectáculos. Esta noche no defraudan a nadie. Cuando exhaustos enrollen sus cuerpos sobre sí mismos en espiral, solo algunos seguirán despiertos intentando vislumbrar qué hay más allá de Za, de Al, de las tintineantes estrellas del cielo. Tendrán que esperar a que el satélite vuelve a su posición, para que las esporas se calmen, las piedras se asienten y un nuevo ciclo lunar comience.